

Wilkins o el enchule original

*A Mercedes López-Baralt,
Wilkófila, practicante.
A mis estudiantes, para que
vean que las misis también lloran.*

Cada vez que me encasqueto mi flamante camiseta roja y blanca del Fan Club de Wilkins Capítulo de Santa Rita para irme a yoguear al Parque Central, corre la sangre. Seguida empiezan a trotarme detrás los detractores del Divino Rockmántico. "Ay Jesús, tan exagerao que es," murmuran sobriamente los adictos al neo-clasicismo de Julio Iglesias. "A mí lo que me revienta es el acentito mejicano ese", refunfuñan con el puño en alto los fiebruses del Nacionalismo Musical mientras corean consignas pro Danny y Lucecita. "El tipo es Falócrata y punto," disparan las Maseteras-Con-Sophy-Nydia, tratando a como dé lugar de pasarme para arrancarme el escapulario de Wilkins que llevo colgado al cuello. "Si no

tiene ni voz", vocalizan en do mayor los Chuchófilos Unidos...

Yo cojo un segundo airecito y aprieto el paso, cosa de salvar el poco pellejo que me queda. Mientra meneo locamente esa tibia, echo una mirada paranoica a mi alrededor y descubro —oh, estupor— que la mayoría de los yogueadores lleva puesta la misma camiseta que esta servidora. Al alivio de sentirme por fin en mayoría, lo que (suspiro) no me sucede muy a menudo, sigue el terror inenarrable de haber sucumbido al Sistema. Oh Zeus, ¿ejercerá Wilkins sobre mí la siniestra fascinación del Polo Opuesto? ¿O será que en el fondo del caño, bien *deep inside*, no hay tal oposición? Un maremoto dialéctico me zarandea furiosamente y procedo a quemar las dos o tres neuronas que tengo en servicio activo intentando analizar los vericuetos de esta Wilkilatría fatal.

El problema se ve complejillo. Porque hay varios Wilkins para escoger. Está el cantante: primo de Lucio Batistti y Ricardo Cocciante con cierto engolamiento elvispréslico bien años 60 y ese lloriqueíto sabrosón de nuestra propia tradición bolerística. Está también el actor fogoso y convulsivo que tan pronto se arresmilla, se estostuza y se revuelca como toca guitarra imaginaria y come sillas reales con el antillanísimo desenfreno de una Lupe o una Lucy Fabery. Y está el compositor de tanta melodía dulzona y obsesiva que convoca a la ranchera y al *slow-rock* sobre un mismo mátres, en el mismo canal y a la misma hora. Y digo yo: empaquétenmelos a los tres para llevar. Porque Wilkins —y aquí no me refiero al trigueñito *punk* mayagüezano con un aquel a Michael Jackson criollo, sino al concepto artístico que él encarna— es la feliz, la unitaria celebración del trio

¿Qué es lo que logra fundir toda esa diversidad en una sola entrega significativa y coherente? ¿Pretenderá ella

aquí y ahora, con su guille de profesora, venir a espetarnos un rollo sobre los coqueteos de la forma con el contenido? Lejos de mí tal morbosidad académica. Como fan empecé y como fan prosigo. Le paso la palabra a mi inocente oído.

Me pongo a repasar los discos de Wilkins para el examen. Una línea temática se va dibujando más o menos claramente en mi pizarra mágica. El narrador —galán de estas bellísimas canciones es un Adán caído cuyo único delito fue el haber sucumbido al Enchule Original. Un primer y único amor marcó su corazón con el brutal carimbo de la pasión. Esta hembra definitiva, “la rosa que nace y que muere haciendo el amor”, la “niña mimada” cuyo contrario existencial es la *nada*, afecta la cabeza del narrador hasta el punto de intervenir con las funciones esenciales del organismo: “por ti ya no puedo dormir ni comer”.... Ella es, a la vez, creada y definida por el deseo del propio galán, quien confiesa con la ingenua altivez que lo caracteriza: “Ella aprendió en mi cuerpo a soñar”, “cada noche nuestra se grabó en su vida y su consciencia”. Y va más lejos aún, apuntándose el triunfo metafísico de haberle devuelto “la fe en el amor”, de haberla transformado en eso que llaman por ahí “mujer”.

Whatever that means...

Correspondido totalmente, en un principio, el Enchule Original es eventualmente destruido por “el engaño” y “la falsedad”. Los amantes se separan físicamente. Pero la fuerza de la memoria no es, como ustedes saben, pelizco de ñoco: “Yo te llevaba en mi mente y mi alma se aferraba a tu amor, a tu recuerdo...” Aún la sesión de autocrítica, a la que se somete masoco el Amante Abandonado, no logra echarle flit a la imagen de la Amada Absoluta: “Qué locura fue adorarte así, pasa el tiempo, todo cambia, pero se impone tu recuerdo en mí”... Ante este estado de cosas, sólo hay una movida posible: poner en marcha la maqui-

naria del olvido: “Ya verás, voy a arrancarte de mi vida, voy a borrar de mi mente, voy a buscar una salida...” En un arranque de optimismo histórico, se atreve a predecir que “algo nuevo llegará”. “Esta vez sí que lo voy a lograr”, repite, bluffeando a todo lo que da mientras del otro lado de la boca se le zafa un desgarrado “Llamará”. Porque en los extremos de su agite, cree a pesar de todo en un retorno espectacular al Jardín de Edén. Y llega a los extremos de ofrecer un indulto incondicional: “Todo será distinto, comprendí el porqué de su partida, nadie empañará la magia que la trajo hasta mí...”

Otras veces, despechado y altivo, augura el día en que su fidelidad a prueba de planchas será reivindicada: “Cuando el silencio llene tus días y te enamoren para que olvides que fuiste mía...” Entonces sí que no, concluye, castigador: “Pero ya es tarde y no regresa quien ha entregado toda su vida hasta perderla”... De ahí a la tan criticada “Te mataría” no hay más que un paso. El Enchule Original cede el paso a la indignación y el deseo de revancha: Extraño motivo el de este “crimen pasional”: “Si tú intentaras volver conmigo, te mataría...” El tan deseado regreso de la Amada se siente también como una amenaza, un beso que es “retroceso”, una trampa. Pero el final de la canción delata el aguaje, la intrínseca pena: “Y ya no pienso creer en nadie que, como tú, traiga tristeza...”

Estas canciones de trepar paredes y cortarse las venas bajan, cómo dudarlos, directitas de la ranchera mejicana. Pero tienen una sensibilidad algo más moderna. Véase por ejemplo la reactualización del mito de la virginidad en “El sucesor”, donde se afirma que “el primero no es el que llega a la piel sino el que llega al corazón.” El narrador de Wilkins se mueve en un universo donde los sentimientos mandan y no se encargan. Y esa permanencia del Enchule Original, esa persistencia de la pasión, no puede sino

enchular. Porque da por eterno lo efímero, por inmortal lo vulnerable. Así podemos asumir sin complejos esa reivindicación del sentimentalismo que los cínicos han bautizado *cursilería*.

Hermosa mitificación que seduce tanto a los neños como a las nenas. Pero más a nosotras, lactadas en la Fidelidad, entrenadas para el Dolor, criadas para sobrevivir al Abandono. Que un hombre se cante (literalmente) leal a una única y exclusiva mujer, quien para colmo ha tenido la fuerza de cara de abandonarlo, es por lo menos refrescante. ¡Y que no se trata de amores platónicos (¡aunque Platón, acuérdense, no era pendejo!) Aquí se habla en carne y hueso, en Fisiología 101-102.

A esta mística amorosa corresponde toda una gestual dramática que trabaja, si se me permite la paradoja, en sentido contrario. La fórmula de Wilkins parece ser: a canción melancólica, vitalidad aeróbica. Su energía escénica es en verdad impresionante. Sencillamente, el hombre nunca para. Su movimiento perpetuo es afirmación de fuerza, de resistencia y empuje. Si quedaba alguna duda de que el Amante Sufrido ha optado por la vida, aquí está la evidencia de su más contundente *palante*. Este sí que *no* se nos va a ir a emborracharse a la cantina ni a arrastrarse por las cunetas aullándole carajos a la luna y a las mujeres malas. Del rock italiano (uno de los pocos rocks europeos que ha sentado escuela) recoge la intensidad pasional. Pero, antillano al fin, puede, como la salsa, decir las cosas más terribles sin perder el compás ni pa los guardias.

Me temo que, después de tanta lata, los dejé igual. ¡Está entregá!, leerá mi epitafio. Y ustedes seguirán pensando como cuando corrían detrás de mi pellejo en el Parque Central, que Wilkins es un exagerao, un machista y un cursi. Y aquí entre nos, ¿quién no es exagerao, machista o

cursi en este país? O a lo mejor, quién sabe si el arte, como expresión de nuestra burundanga humana, procesa todo lo malo y genera su contrario...

Así es que...

Wilkins, te advierto, yo sé lo que son los *mass-media*. Y sé muy bien lo que puede el mito. Pero, hermanito, con todo y haber comido del Arbol de la Ciencia (y quizás por eso mismo), sospecho que vas a seguir por mucho tiempo vivito y yogueando.